

creer que esta rosa estuviese sin espinas; las tenía numerosas y muy aceradas, pero sus puntas estaban vueltas hácia adentro de sí misma, como lo veremos en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO V.

Abstinencias prodigiosas de Rosa y sus ayunos continuos.

Asentándolo sobre un fundamento tan profundo y tan sólido como su humildad, pudo la gracia con toda seguridad establecer el edificio de una perfeccion sublime; y esto es lo que hizo en efecto, impulsándola á la práctica de las más grandes y difíciles virtudes. Desgraciadamente, como ya dije, supo Rosa sustraernos la mayor parte de sus actos heróicos; mas por lo menos podremos hablar de sus ayunos y de sus abstinencias que no le fué posible ocultar á las personas con quienes vivía. Queriendo imitar á Santa Catalina de Sena en su mortificacion como en todo lo demás, púsose á seguir el mismo camino, es decir, que por diminuciones progresivas en su alimento llegó á pasarse sin él casi enteramente. Citemos los hechos en apoyo de una asercion tan extraordinaria.

Desde su más tierna infancia se prohibió todo uso de frutas, mortificacion heróica, como lo comprenderá todo el que conoce bien los gustos de los niños. Su madre, ignorando la razon de esta abstinencia, atribuía la á un disgusto natural que le parecía muy sorprendente, y le daba las frutas más bellas, y de exquisito olor para ayudarla á vencer esta repugnancia inconcebible. Rosa la recibía con gratitud; pero en lugar de comerlas se apresuraba á darlas á sus amigas. No tenía más que seis años cuando comenzó á ayunar los viérnes y los sábados de cada semana, haciéndolo á pan y agua, á ménos que su madre no usase de su autoridad para hacerle tomar otros alimentos. A la edad de quince años hizo voto de no volver á comer carne, si no es cuando fuera obligada á ello por la obediencia: sábía y prudente reserva que hace ver que á pesar de su inexperiencia, sabía ya coordinar hábilmente las virtudes y hacer ceder las menores á las más importantes. Por lo demás, sabía siempre encontrar piadosos extratagemas para escapar á las órdenes que le impedían seguir su atractivo.

Algunas señoras piadosas de la ciudad, por amistad para con su madre, y más todavía quizá por devocion á Rosa, las invita-

ban algunas veces á ir á su casa, y les preparaban un modesto convite. Cada vez que esto acontecía era una desolacion para la santa, que no podía en estas circunstancias observar sus usos de mortificacion. El olor solo de las viandas era ya para ella una especie de suplicio; mas todavía esto no era bastante, sino que cada vez que se negaba á tomar estos odiosos alimentos, intervenía una órden de su madre de condescender al deseo de la señora de la casa: érale, pues, preciso aceptar lo que se le ofrecía, y comerlo haciéndose violencia; pero su estómago, al cual no podía someter á la obediencia, no soportaba estos alimentos desacostumbrados y demaciado substanciosos; á poco veíase obligada á levantarse de la mesa para arrojar con dolor lo que había tomado sin gusto; y cuando su disposicion física se oponía á los vómitos, era atacada de una ardorosa fiebre.

Los médicos no dejaban de ocasionarle grandes males queriendo hacerle bien: porque durante sus largas convalecencias, que no cesaban sino para dar lugar á nuevas enfermedades, á fin de curar la debilidad, no dejaban de prescribirle el uso de la carne. Rosa se sometía sin observacion á sus prescripciones, pero sin ningun provecho para su cuerpo; porque estos alimentos en lugar

de fortalecerla la debilitaban, de suerte que en difinitiva sólo servían para alimentar su mal, su mortificacion y su obediencia. Entónces los caldos sucedían á las carnes y producían casi los mismos efectos desastrosos.

Una vez entre otras, al convalecer de una enfermedad grave, el médico que la había curado, determinó hacerle tomar una poca de carne de pavo: mas apenas la tuvo en su estómago cuando sintió sus funestos efectos. Primero fué un extremo cansancio en todos los miembros; luego un temblor, en seguida suma debilidad, y en fin una opresion de pecho que por muchas horas le sofocó singularmente la respiracion: además, estos penosos accidentes le ocasionaron tal postracion de fuerzas, que durante muchos dias no podía ni andar ni sostenerse en pié. El médico, no pudiendo creer que estos inconvenientes hubiesen sido producidos por una vianda tan ligera, quizo que la comiese de nuevo en su presencia, y la ligera porcion que le hizo tomar bastó para ocasionarle los mismos accidentes. Entónces vuelta a su libertad, se puso á ayunar á pan y agua, y gracias á este régimen recobró bien pronto sus fuerzas.

Estando Rosa afligida por un dolor reumático que la hacía padecer cruelmente, so-

bre todo cuando le atacaba al estómago, se pasaba los días y las noches sin tomar ningún alimento: tan luego como le disminuía el dolor, las personas que la servían no dejaban de ofrecerle un caldo para reparar sus fuerzas. "No es esto lo que me conviene, les respondía; puesto que quereis hacerme bien, hacedme favor de traerme un poco de pan y agua.., Apenas había comido algunos bocados de pan mojados en agua fría, cuando se sintió bastante fuerte para dejar el lecho, y lo dejó en efecto. El contador Don Gonzalo afirmó haberla visto dos ó tres veces curarse de este modo, en el tiempo que vivió en su casa, protestando que ignoraba de donde podría venir á este alimento una virtud tan nutritiva.

"En otra ocasion, dice el contador, viéndola en extremo débil y lánguida, la insté á que comiera una ala de una avecita, persuadido que un alimento tan ligero podría fortalecerla sin ningun peligro. Rosa instruida por la experiencia no participaba de mi seguridad; no obstante, por temor de contristarme hizo lo que yo deseaba por pura complacencia. Muy pronto tuve motivo de arrepentirme del consejo que le habia dado, porque le costó muy caro. Apenas habia llegado á su estómago este fatal alimento, cuando sintiendo los primeros síntomas de

una séria indisposicion, se apresuró á levantarse de la mesa, retiróse á su aposento en donde abrió las ventanas y allí permaneció hasta en la noche sin auxilio, porque ninguno de nosotros sospechaba el peligro. Ya en la noche, hallándose un poco aliviada, volvió á donde estábamos, pero tan pálida y con tal languidez que todos nos alarmamos. Habiéndola interrogado acerca de lo que sentía, respondió ruborizándose que su estado actual no tenía nada de alarmante, pero que había estado en peligro de morir ahogada por ese bocado de ave á que su estómago no estaba acostumbrado..,

El buen contador, profundamente afligido del mal que le había causado, creyó debía impedir la repetición de semejantes pruebas. En consecuencia, fué á buscar sucesivamente al confesor, al médico y á los padres de la jóven, y les suplicó renunciaran á unas exigencias que ponían su vida en peligro. Ya hemos hecho demasiado, les dijo, para hacerla renunciar á su abstinencia. El régimen que sigue viene evidentemente de Dios, y no podriamos menos de desagradarle si seguimos contrariándola; además, que sería mucha crueldad exigir de ella despues de tan duras pruebas, una obediencia que la mata. Dejémosla pues en lo de adelante vivir á su modo, y no le impongamos más

sufrimientos inútiles. Rosa por su parte tuvo en este mismo tiempo una vision que la autorizó á disminuir su demasiada docilidad. Jesucristo se le apareció y le dijo: "Mi deseo es que tú me honres constantemente por la práctica de una severa abstinencia. Por lo demás, debes estar sin inquietud respecto á los resultados; porque el que ha dado por tí su vida sobre la Cruz, que te ha rescatado por la efusion de toda su sangre; que ha derramado en tu alma tantos tesoros de gracias, sabrá bien tener cuidado de tu cuerpo y sostenerle sin el uso de la carne. Las leyes de la naturaleza están hechas para vosotros y no para él: las deroga cuando le place y las hace servir á sus designios como le agrada.,, Emancipada así de la autoridad de los médicos, los dejó que prescribieran sus caldos y sus carnes, y ella tomaba sólo pan y agua segun su atractivo.

No le fué tan fácil á Rosa obtener de su madre que la dejase vivir á su modo: tan luego como se enflaquecía ó parecía más lánguida que de ordinario, esta pobre mujer echaba la culpa á su mortificacion, la acusaba de ser homicida de si misma, gritaba y la injuriaba violentamente. Habiendo luego echado de ver que todo este ruido no servía de nada, recurrió á otro medio que creyó debía ser más eficaz, y fué exi-

girle imperiosamente que fuese á comer á la mesa comun, á fin de que ya no pudiese engañar ni sobre la calidad ni sobre la cantidad de sus alimentos. Rosa prometió obedecer á esta órden; pero á su vez pidió y obtuvo una gracia, á saber, que le sería permitido mandarse preparar los alimentos que pudiese digerir. Concluido este pacto la santa jóven se entendió con Mariana la cocinera y supo ponerla en sus intereses. "Ya sabes, le dijo, que los alimentos que me obligan á tomar me indisponen, miéntras que el pan y el agua son precisamente lo que conviene á mi estómago caprichoso. Ahora, pues, ya no podré tomar este alimento, á ménos que no lo disfraces de tal suerte que pueda engañarse mi madre. Préstame, pues, mi querida Mariana, el importante servicio que voy á decirte:

"Me prepararás para cada comida, una sopa compuesta de pan y agua, sin sal ni ningun condimento; pero la cubrirás de esas yerbas de que ves que hago uso (eran yerbas amarguísimas), y en los dias de fiesta, le añadirás algunas uvas á fin de que mi madre crea que no es tan mala mi comida y no encuentre nada que decir sobre la cantidad.,, Mariana prometió ejecutar lo que se le prescribía, y se obligó á guardar sobre esto un profundo silencio.

Habiendo oído hablar Rosa un día, de una yerba excesivamente amarga que crecía en el bosque cercano, encontró el medio de procurarse una gran provision de ella, y suplicó á Mariana que la sustituyera á las yerbas que acostumbraba comer. Luego, previendo el caso en que no le sería posible mandar buscarla, plantó en su jardín algunos pies que cultivó con un extremo cuidado: cuando tuvo bastantes para no temer ya que le faltaran, le vino al pensamiento hacer una bebida de ella; llenó un vasito del jugo que había extraído y le ocultó en una cerca del jardín. Desgraciadamente esta industria no pudo escapar por mucho tiempo á las miradas de su madre, pues habiendo encontrado el vaso lleno de un licor repugnante, adivinó luego el uso que su hija hacía de él; mas para asegurarse de ello, quiso que ésta lo confesara por su boca. Habéndola, pues, hecho venir al lugar donde estaba el vaso, le preguntó qué cosa era ese líquido y con qué objeto lo tenía allí oculto. Rosa, viendo descubierta su astucia, respondió con sencillez: "Es un jugo de yerbas, madre mía, de que me sirvo como salsa por ser un excelente digestivo.," La madre, para instruirse mejor del uso que hacía de esta bebida repugnante, interrogó á Mariana que en su sencillez le confesó todo. Resultó, pues,

de sus confesiones que Rosa bebía de este extraño licor todos los días al levantarse, cuando no tenía que acercarse á la santa Mesa; que todos los viérnes empapaba en él su pan con tanta abundancia, que la fuerza de la bebida le arrancaba lágrimas de sus ojos; que á falta de este licor, recurría á las hojas excesivamente amargas, cuya masticacion no era menos á propósito para mortificar el gusto. Ahora bien, todo esto lo hacía Rosa en memoria de la hiel y vinagre con que Jesucristo fué abrevado en su Pasion: tan sensible era á los sufrimientos de su amado Maestro. Puedo citar aquí otro hecho todavía, en prueba de su amor compasivo para con este Dios Salvador. Se encuentra en el Perú una planta muy notable que los indígenas llaman granadilla, y es conocida en Europa con el nombre de flor de la Pasion; es una planta trepadora que para sostenerse se enreda en todo lo que encuentra cerca de sí. Su flor se asemeja á una rosa blanca, en cuyo centro se ha complacido Dios en representar la mayor parte de los instrumentos de la Pasion, pero de una manera tan natural que se creerían pintados por un artista muy hábil: de el medio de los pétalos sembrados de unos puntitos de un rojo color de sangre se eleva una co-

lumna rota, rodeada en su base de una corona de espinas y superada de tres clavos cuyas puntas entran en la cima. Todas las partes de esa flor están enlazadas por fuera por unos filamentos cuyas extremidades permanecen pendientes, y forman en miniatura una especie de azotes. Finalmente esta flor da lugar á una fruta compuesta de granillos de un sabor exquisito. Una planta semejante no podía dejar de agradar á la sierva de Dios tan devota de la Pasion del Salvador. En efecto, la amaba hasta servirse de ella muchas veces para su alimento; pero no eran sus granos deliciosos los que codiciaba, sino sus semillas que eran tan amargas cuanto era dulce la carne que las cubría; las quebraba con los dientes para sacarles todo lo amargo, por devocion á la Pasion de Jesucristo.

¿Qué diré de sus ayunos? Paréceme que podría dispensarme de hablar de ellos despues de todo lo que acabo de decir; porque es dudoso que la privacion de toda comida mortifique tanto como unos alimentos semejantes. Mas á fin de ser exacto referiré sus prácticas en este género de penitencia. Se vé en el proceso de su canonizacion, que practicaba dos clases de ayunos: uno más comun, que consistía en esperar la tarde para tomar una ligera refeccion de pan y a-

gua; el otro, que llamaba el suyo, que consistía en pasarse veinticuatro horas sin tomar ningun alimento. El primer ayuno era su régimen casi habitual, sobre todo en los últimos años de su vida que pasó en la casa del contadr Don Gonzalo: no obstante, lo modificaba durante la cuaresma, en cuanto á que en lugar de pan comía semillas de naranja en pequeña cantidad; el viérnes se limitaba á cinco, y todavía tenía cuidado de mojarlas en el jugo repugnante de que hemos hablado, para honrar mejor las llagas de su adorado Maestro. El resto del año, una onza y media de pan bastaba para alimentarla durante ocho dias.

Ejercitaba Rosa todavía otras abstinencias que no sé como calificar, porque ciertamente eran más que un ayuno. Sucedióle una vez el pasar los cincuenta dias que separan la fiesta de la Resurreccion de la de Pentecostés, sin otra provision que un pan bastante pequeño y un vaso de agua. Otro año, durante el mismo tiempo, se contentó con comer su pequeño pan sin beber nada. Desde su entrada en la casa de Don Gonzalo, no era raro verla abstenerse de todo alimento durante muchos dias consecutivos; con mucha frecuencia tambien se encerraba el juéves en la tarde en su aposento de donde no salía sino hasta el sábado; y no

contenta con pasar todo este tiempo sin dormir y sin tomar nada, permanecía como clavada en un solo lugar, no dejándolo ni un instante por ningun motivo.

Una vez, despues de la comunión, se encontró tan bien nutrida por las especies sacramentales, que durante ocho dias no tuvo necesidad de ningun otro alimento. En una ocasion semejante, habiendo sido obligada á tomar alguna cosa, su estómago rechazó este socorro intempestivo que no pudo soportar, y condenóse á una abstinencia absoluta de diez dias para castigar lo que creía ser un pecado de intemperancia. Pasaba algunas veces semanas enteras sin beber, á fin de añadir el tormento de la sed al del hambre; despues, temiendo encontrar placer en beber el agua fria, la mandaba calentar. Podría añadir muchos detalles acerca de sus penitencias de este género; pero pienso haber dicho bastante para probar el heroísmo de su frugalidad. Sólo añadiré una palabra, y es que los testigos de su vida, notaron que cobraba más vigor con sus abstinencias que con los alimentos de que usaba comunmente. Por lo demás, este misterio dejará de serlo, cuando demos á conocer más tarde, lo que Dios obraba para alimentar á su fiel sierva.

CAPÍTULO VI.

Instrumentos de penitencia de que se servía
Rosa para afligir su inocente cuerpo.

A pesar del estado de debilidad y de extenuacion á que Rosa se había reducido por sus ayunos severos y multiplicados, ejercía sobre su carne tales rigores que su confesor creyó deber poner límites á ellos. Cuando tomó el hábito de santa Catalina de Sena, sustituyó á sus disciplinas, cuerdas y cadenas de fierro de las cuales se servía todas las noches con tan pocos miramientos que su sangre corría sobre el pavimento y salpicaba las paredes. Se preguntará tal vez, ¿cómo se dejaba llevar á tales excesos? Puedo responder, que en su humildad, creía tomar de este modo una venganza equitativa de sus pecados. Pero además, conmovida por las calamidades públicas, se ofrecía á Dios como una víctima sangrienta, ya por la Iglesia, ya por el Estado, esforzándose en aplacar por sus maceraciones la cólera del cielo. Recurría tambien á este medio para procurar alivio á las almas del purgatorio; lo usaba tambien en favor de los agonizantes, á fin de obtenerles los auxilios tan necesarios á las almas en ese momento tan decisivo del cual va á depender su eternidad. ¿Qué diré, en fin, de su generosa caridad? Se

flagelaba por los pecadores, queriendo atraerlos á una vida mejor; se flagelaba por Dios, á fin de reparar las injurias hechas á su magestad santa. Y así, no faltando nunca motivos para maltratarse, no cesaba de golpear su carne inocente; y aunque tuviese cuidado de no desgarrar sus miembros sino uno despues de otro, las heridas no tenían tiempo de curarse, de suerte que su cuerpo no era más que llagas.

Las criadas, sin saberlo Rosa, venían á la puerta de su aposento á escuchar el ruido de los golpes que se daba. Con qué intencion, lo ignoro; pero ellas se dirigían regularmente allí todas las noches. Una vez la flagelacion fué tan larga y tan terrible que huyeron deshaciéndose en lágrimas. ¿Qué es lo que había provocado esta severidad contra sí misma? Hé aquí cual fué la ocasion. Un misionero de la órden de los Frailes Menores, san Francisco Solano, predicó en Lima un sermón el cual consternó á toda la ciudad. Despues de haber tronado contra los vicios de los habitantes, habló de la ruina espiritual del alma. Ahora bien, Dios permitió, ó hizo quizá que todo el auditorio entendiese que profetizaba la ruina de Lima. Habiéndose extendido este rumor en todos los barrios, el espanto fué general; no se oían por todas partes más que lágrimas y

gemidos; unos corrían á las iglesias, otros huían al campo; la turbacion reinaba por todas partes, y todos esperaban la muerte. La sierva de Dios, habiendo sabido lo que pasaba, concibió vivos temores por las consecuencias que podía tener este asunto, y para prevenirlas fué por lo que se maltrató más cruelmente que nunca, añadiendo llaga sobre llaga sin ninguna compasion de sí misma.

El P. Lorenzana su confesor, habiéndole dicho un dia que era necesario disminuir el uso de sus disciplinas, por miramiento á la debilidad de su cuerpo, abogó ella por la causa de su mortificacion con tanta elocuencia que las mitigaciones se redujeron casi á nada. Obtuvo, en efecto, del padre el permiso de darse cinco mil azotes en un número de dias determinado, para compadecer la flagelacion de su amado Maestro: por lo demas, fué convenido que podría hacer más, con autorizacion especial, cuando las necesidades públicas ó particulares necesitaran de su auxilio. En consecuencia de este arreglo, contaba ella con exactitud los azotes que se daba, queriendo cumplir á la letra la obediencia; cuando alguna enfermedad exigía una interrupcion, notaba con cuidado los dias de pérdida, y los compensaban despues de su curacion. El confesor, que no tar-

dó en reconocer que una mitigacion tan ligera no significaba nada, recurrió á un medio más eficaz; mandóle que sustituyera á las cadenas de fierro de que se servía, una disciplina de cuerdas, diciendo que este era el uso de su orden, y que conformándose á él obraría con más humildad. Esto fué bastante para determinarla á obedecer sin réplica.

Había podido juzgarse que Rosa desde su más tierna infancia tenía un atractivo extraordinario por las maceraciones. Ya he citado algunos rasgos, pero hay otros que no creo deber pasar en silencio. No tenía todavía más que cuatro años, cuando encontrando en el jardín un tronco de árbol, rogó á Mariana que se lo cargara en las espaldas, diciendo que quería llevar la cruz de Jesucristo. Esta penitencia agradó tanto á su piedad, que continuó recurriendo á ella hasta que hicieron desaparecer el tronco del árbol: entónces, habiendo encontrado un monton de ladrillos en el granero de la casa, supo hacerse de ellos un nuevo instrumento de mortificacion. Un dia que vió subir á Mariana, la siguió, y poniéndose á sus piés le suplicó que cargara su espaldas con estos ladrillos, á fin de poder comprender mejor cuánto había sufrido Jesus bajo el peso de la cruz. Habiendo Mariana

satisfecho su deseo, la santa niña, bajo este pesado fondo hizo una oracion muy larga, despues de la cual suplicó á la criada la descargara sin ruido, por temor que su madre no viniese á preguntar lo que había hecho. En seguida obtuvo de esta mujer dócil que le prestaría de tiempo en tiempo este servicio, sin traicionar nunca su secreto.

A los ladrillos sucedió un trozo de viga vieja, con el cual la complaciente Mariana consintió tambien en cargarla, con la promesa de no decir nada á sus padres. En este estado hacía una oracion bastante larga, sudando, gimiendo, bajo su pesada carga, y no obstante manteniéndose firme, hasta que su cuerpo débil tocaba casi á la tierra abrumado por tan grande peso. A la edad de catorce años tomó la costumbre de otro género de penitencia; salía durante la noche al jardín, y cargando sus espaldas desgarradas por la disciplina con una grande y pesada cruz, iba caminando á pasos lentos por entre los árboles, meditando la subida de Jesucristo al Calvario, y se dejaba caer de tiempo en tiempo para mejor imitarle. Toda la duracion de este duro ejercicio lo hacía con los pies descalzos; pero estaba más contenta cuanto las intemperies del aire la hacían sufrir mas. Hé aquí cómo esta amable ni-

ña preludiaba á las maceraciones de su edad madura, cuya relacion que he interrumpido, voy á continuar.

Habiéndole prohibido á Rosa su confesor, como dije más arriba, azotarse con instrumento de fierro, creyó ella haber conservado el derecho de hacer otro uso de él. En consecuencia, se ciñó la cintura con una cadena dándose tres vueltas, la cual cerró con un candado y arrojó la llave en un lugar de donde no podía ya volverla á tomar. De todas las maceraciones esta era seguramente la más oculta, lo cual le agradaba mucho: y así hizo un misterio de ello aun á su querida Mariana. Esta nueva tortura podía, pues, permanecer oculta por mucho tiempo y quizá hasta la muerte, si Dios no hubiera proporcionado una ocasion de divulgarla. Esta cadena habiendo muy pronto gastado la piel de la cintura y penetrando en las carnes le hizo padecer un cruel martirio el que soportaba con un valor verdaderamente heroico; pero al fin, los dolores llegaron á ser tan atroces que fué preciso pensar en aliviarlos: desgraciadamente la cosa era muy difícil, porque no podía ella sola ni romper la cadena, ni abrir el candado, puesto que había perdido la llave; hizo, pues, un nuevo esfuerzo de paciencia, pero que no pudo prolongar mucho tiempo, porque el mal cre-

ciendo siempre llegó á ser enteramente intolerable. Una noche, entre otras, el dolor se hizo sentir con tanta violencia que la santa jóven no pudo contener sus gemidos y acabó por estallar en sollozos. Mariana, despertando á este ruido acudió á verla, ofreciéndole sus servicios é interrogándola acerca de la causa de sus lágrimas. Viendo Rosa que le era indispensable su auxilio, venció su repugnancia y le descubrió su secreto.

Mariana se puso á la obra inmediatamente; pero todos los esfuerzos para romper la fatal cadena fueron inútiles; acordándose entonces que las cerraduras de esta clase cedían algunas veces á fuerza de golpes, salió para ir á buscar un martillo. Rosa temiendo que el ruido despertase á su madre, ó que la criada fuese á consultarla en su aflicción, se puso á orar con gran fervor; este era el martillo que se necesitaba para romper su cadena. En efecto, cuando Mariana volvía, armada de una gran piedra, la cerradura se abrió por sí misma, y la cadena estirada fuertemente se aflojó luego: entónces Rosa comenzó á sacarla, y llegó al fin á extraerla enteramente, mas no sin sufrir mucho, porque estando pegada á la carne fué necesario arrancarla con ella. El alivio que sintió despues de esta operacion, le permitió dor-

mirse inmediatamente y al día siguiente volvió á emprender sus trabajos ordinarios.

Muy pronto quedó la llaga enteramente cicatrizada; pero entónces vinieron sus temores. Acusóse de cobardía, y para castigar su debilidad volvió á ponerse su terrible cinturón. Habiéndolo sabido su confesor, no sé por qué conducto, le mandó con el sacristán de su iglesia la órden que se le enviara en el estado en que se encontrase. La humilde jóven obedeció al momento; desató su cadena, que ya había entrado de nuevo en la carne, la envolvió en un lienzo y la confió al sacristán para entregarla á su confesor. Este instrumento hizo ver al padre la extrema mortificación de su hija espiritual; porque estaba toda teñida con su sangre y cubierta con los girones de la piel. Mas el rigor que ejercía sobre su cuerpo no se limitaba á las maceraciones que ya he descrito; cada uno de sus miembros tenía su tormento particular: atábase los puños de manera que se hinchaban singularmente los músculos, lo que la hacía sufrir cruelmente, sobre todo cuando tenía que levantar alguna cosa del suelo, ó extender los brazos á lo alto. Azotábase también con ortigas, de suerte que era una pobre jóven llena de dolores de la cabeza á los pies.

No le faltaba más que un cilicio, que de-

seaba hacía mucho tiempo, sin haber podido procurárselo todavía; pero al fin, habiendo encontrado con sus economías el medio de procerarse uno, se creyó en el colmo de sus deseos; no obstante, se engañaba, porque era difícil de contentar en cuanto á penitencias. Luego que hizo uso de él, le encontró muchos defectos; estaba demasiado corto, demasiado estrecho y no tenía toda la aspereza deseable. Entre tanto, una religiosa que sin duda conocía sus gustos de mortificación, le envió uno tal como ella lo deseaba: envolvíale todo el cuerpo y bajaba hasta las rodillas; tenía mangas y estaba tejido de cerdas muy ásperas. Sería imposible pintar la alegría que produjo en ella este regalo; una jóven llena de vanidad no estaría tan contenta al recibir los más ricos adornos. No obstante, despues de haberlo llevado algunos días parecióle demasiado suave todavía, y tuvo necesidad de armarlo de puntas de agujas para encontrarlo bueno. Sirvióse de él constantemente durante muchos años, hasta que estando muy enferma de frecuentes vómitos de sangre, tuvo que hacer ese sacrificio á la obediencia.

Fué necesario reemplazar este instrumento de penitencia, y el genio inventivo de Rosa supo encontrar el medio de hacerlo. Tratábase de sustituir á una mortificación

que arruinaba su salud, otra igualmente incómoda sin ser tan dañosa; y he aquí lo que imaginó. Hízose un vestido interior de una ruda tela de embalage, y tuvo cuidado de cubrirlo por de fuera de una tela ordinaria para cubrir su tosquedad; hubiera sido difícil inventar un vestido más propio para reemplazar un cilicio: su pesadez la hacía sudar en abundancia y extenuaba sus fuerzas; su tiesura le impedía andar y le molestaba en todos sus movimientos. Fácilmente se adivina la incomodidad que resultaba de esto, sea que estubiese de rodillas, ó que estubiese sentada. En fin, su cuerpo estaba tan abrumado que le parecía estar vestida de plomo más bien que de lienzo.

Mas acordándose de haber olvidado las plantas de los pies en la repartición de sus penitencias, muy pronto quedó hecha la invención de un nuevo tormento. Había en la casa paterna un horno que se calentaba muy frecuentemente; pues bien, allí subía Rosa con los pies descalzos, sobre la piedra que cubría la entrada cuando estaba abrazando, y allí hacía, inmóvil, una meditacion cruelmente sentida acerca de los suplicios del infierno. Tantas maceraciones juntas con las flaquezas de una salud desfallecida, nos espantan sin duda; no obstante, la jóven generosa las contaba como nada, y habría ido

mucho más allá sin la autoridad protectora de sus confesores. El lector procurará tal vez explicarse un valor tan grande por la fuerza de las dulzuras espirituales, pero se engañaría; Rosa fué del pequeño número de las santas que no permitían á los consuelos celestiales el descender hasta sus sentidos exteriores, pues había leído en la vida del P. Gregorio López, este raro ejemplo de mortificación, y esto fué bastante para determinarla á seguirlo. Este Padre será mi modelo, se dijo á sí misma, porque Jesucristo ha sido el suyo; ya que este Dios Salvador no permitió que su gloria resaltase en su cuerpo, ni que las delicias de la parte superior de su alma descendieran á la inferior, una pecadora como yo, no podría hacer menos. No podía impedir la santa que la gracia alegrara ó embriagara su espíritu; pero se oponía en cuanto le era posible á que estos goces afectasen sus sentidos que creía dignos de toda clase de sufrimientos. Si el Amado los introducía en sus bodegas, ella consignaba su cuerpo á la puerta, diciéndole que era indigno de pasar mas adentro. Paréceme que sería difícil imaginar, en cuanto á mortificación alguna cosa más sublime, pero estoy muy léjos de haber agotado la materia.